



Alberto Lleras Camargo

Contra lo que suele creerse, Alberto Lleras Camargo no es primo de Carlos Lleras Restrepo sino su tío; así como suena. El que tan solo sea mayor que este último por poco más de dos años se explica fácilmente, porque el padre de Alberto fue uno de los últimos hijos de don Lorenzo, el abuelo cuya vida y la de sus contemporáneos ha empezado a evocar el nieto en unas páginas admirables.

Y don Lorenzo tuvo un número de hijos e hijas impresionante, y fue el padre de Alberto, don Felipe, uno de los últimos, mientras don Federico Lleras Triana nació entre los primeros.

Con una vocación literaria y periodística innata, Alberto devoraba libros y más libros y descuidaba un poco la disciplina escolar. Pasó por las aulas de la Escuela Ricaurte, por las del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y, muy informalmente, por las del Externado de Derecho sin preocuparse por cumplir todos los programas ni obtener diplomas. A los dieciocho años ya se había incorporado a la redacción de *El Tiempo* y con Jorge Zalamea, un año mayor que él, eran los más jóvenes entre “Los Nuevos”, un grupo literario y político que gustaba de mostrarse irreverente contra la llamada “Generación del Centenario”, tenía curiosidad por las ideas socialistas y vivía en una atmósfera ligeramente bohemia. Luis Eduardo Nieto Caballero, bajo el seudónimo de “El Nuevecito Escritor”, respondía burlonamente a las irreverencias del grupo; estas hallaban más benévola acogida en Armando Solano, el “Maitre Renard”, cuya prosa hizo las delicias de dos generaciones.

No sabemos cómo, y valdría la pena que él mismo nos lo contara, entró Alberto Lleras en contacto con Alfonso López Pumarejo y fue López quien lo escogió a fin de que llevara la palabra en una manifestación de respaldo a Laureano Gómez cuando este era ministro de Obras Públicas y el Consejo de Estado le puso dificultades para abrir unos créditos destinados a continuar la construcción de la carretera a Cambao. Era la primera aparición de Lleras Camargo en la plaza pública pero ya por esa época escribía en *El Tiempo* muchas “Notas del Día”, esas notas que entonces tenían una gracia, un *esprit* que han perdido después; pequeñas joyas literarias, como las de José Umaña Bernal o las de Jaime Barrera Parra. De cuando en cuando, el literato que hay en Alberto desbordaba esos límites en escritos más ambiciosos. Algunos recuerdan todavía algo que escribió en el suplemento literario de *El Tiempo* (las Lecturas Dominicales) sobre Elemir Bourges y dos de sus novelas: *Los pájaros se alejan y las flores caen* y *El crepúsculo de los dioses*. Sin saberse qué mosca lo picó, se fue de repente a la Argentina y allí se abrió paso con sus colaboraciones en *La Nación*. Viajó luego a Europa como corresponsal especial de *El Mundo* de Buenos Aires y regresó a poco para incorporarse de nuevo a *El Tiempo*. Era ya jefe de redacción y comenzaba a escribir editoriales cuando vino el triunfo de Olaya Herrera. La Asamblea Liberal de Cundinamarca en 1931 lo colocó en la lista para la Cámara de Representantes. Le faltaba poco para cumplir los 25 años y es probable que esta primera elección haya sido inconstitucional, como lo fue también la primera de Fernando Londoño. Pero nadie objetó el nombre del joven intelectual quien además se dio trazas para conseguir, él que no había sido muy dado a tales



ajetres, el apoyo de los liberales de Tenjo. “Piqueteó” en esas primeras andanzas electorales con los Matallanas y los Foreros. Los “piquetes” han sido el comienzo de casi todas las carreras políticas.

Su elección para la presidencia de la Cámara en 1931 iba a ser el comienzo de una de las trayectorias más brillantes de la historia política colombiana en el presente siglo. No quedan recuerdos claros de lo que fue su labor parlamentaria en ese primer periodo y sospechamos que dedicó más tiempo a su labor periodística y a trabajar con Alfonso López que a ella. Su primer cargo diplomático fue el de secretario de la delegación colombiana a la Conferencia de Montevideo en 1934. Luego acompañó a López Pumarejo, ya presidente electo, en su visita oficial a los Estados Unidos. Tenía 28 años y no lo molestaba ser secretario, como Juan Lozano lo había sido de Olaya a los 29. Y ahora, detengámonos, para no adelantarnos a los acontecimientos, Ya habrá tiempo para trazar con detalle la silueta y la carrera de Lleras Camargo.

“Borradores para una historia de la República Liberal”, páginas 66 a 69